

Modificar el *statu quo*: los jóvenes como actores de paz

Sabine Kurtenbach
MARZO 2018

- La Resolución 2250 de las Naciones Unidas sobre Juventud, Paz y Seguridad, aprobada en diciembre de 2015, reconoce por primera vez la importancia de que los jóvenes participen activamente en la construcción de la paz. Su aplicación, sin embargo, llevará un largo tiempo. El análisis de la participación de los jóvenes en la política, la economía y la sociedad durante etapas de posconflicto revela bloqueos en la transición a la vida adulta. A los jóvenes no se los toma en serio como actores autónomos, y a veces incluso se los criminaliza.
- En un marco de conflictos violentos, el mundo de los jóvenes es delicado. Mientras los niños aparecen principalmente como víctimas y un grupo vulnerable, quienes tienen apenas unos años más suelen ser vistos como potenciales criminales, así se trate de guerras u otras formas de violencia armada.
- Las experiencias de la actual generación posconflicto en Centroamérica y en el sur de África muestran qué desafíos debe enfrentar la juventud en su camino hacia la adultez. Pese a las mejores oportunidades existentes desde lo formal, sigue predominando la generación de la guerra en materia política, económica y social.
- Los jóvenes que viven en zonas de conflicto tienen ideas muy precisas acerca de cómo contribuir a la construcción de la paz. Desde luego, sus prioridades dependen del contexto específico.
- La Resolución 2250 de las Naciones Unidas representa un importante cambio de perspectiva de la política internacional, con un enfoque que apunta a que los jóvenes proporcionen un aporte positivo para la paz y la seguridad. Insta a los Estados Miembros a promover la intervención activa y autónoma de la juventud en la construcción de la paz.
- Las demandas de la Resolución 2250 son un primer paso importante y decisivo para que el punto de vista de los jóvenes sea tenido en cuenta en el marco de conflictos violentos. Sin embargo, solo habrá alguna mejora para ellos cuando sean considerados como interlocutores de pleno derecho a la hora de resolver las cuestiones del futuro y cuando los respectivos gobiernos y actores sociales les permitan participar más allá de las estrategias dirigidas a respaldar el propio poder.



La juventud en el marco de conflictos violentos

Una sexta parte de la población mundial (es decir, 1.200 millones de personas) tiene entre 15 y 24 años. La participación y la inclusión de esos jóvenes en la política, la economía y la sociedad es un desafío clave, sobre todo para los países del Sur global. Al menos desde el discurso, todos coinciden en que se deben tomar en serio las necesidades de la juventud para que esta pueda hacer un aporte constructivo al futuro de sus sociedades. Durante las últimas décadas, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha abordado una y otra vez los diferentes retos a los que se enfrenta esta franja de la población. En su *Informe sobre la juventud mundial*, analiza desde 2003 tanto los aspectos específicos como los temas globales y resalta su importancia para los jóvenes: la transición a la adultez (2007), el cambio climático (2010), el empleo (2011), la migración (2013) y el compromiso social (2015). También se hace referencia permanentemente a los desafíos particulares que presentan los contextos de violencia.

En un entorno de violencia, es fundamental la delimitación entre niños y adultos, que se establece al cumplir los 18 años y reviste importancia desde el punto de vista jurídico, aunque en última instancia resulte arbitraria. Los niños aparecen como principales víctimas de la violencia. Según informes actuales de Unicef (2017), entre los más de 13 millones de personas que requieren ayuda humanitaria en Siria, hay más de cinco millones de niños. El derecho internacional busca proteger a los niños frente a la violencia. Por ejemplo, el reclutamiento forzado de menores de 15 años constituye un crimen de guerra. El caso de Siria muestra que es difícil o incluso imposible aplicar normas internacionales. Si se tienen en cuenta únicamente los dos primeros meses de 2018, más de 1.000 niños murieron en la guerra en ese país.

Además, la guerra en Siria deja en claro que la perspectiva sobre los jóvenes inmersos en conflictos violentos es ambivalente. Porque mientras el reclutamiento forzado de quienes tienen entre 15 y 17 años sigue siendo considerado una violación del derecho internacional humanitario, muchas veces se percibe a los jóvenes como potenciales victimarios. Precisamente en relación con Oriente Medio

adquirió gran popularidad la teoría del excedente juvenil o *youth bulge* (Goldstone et al. 2012; Urdal 2006). El excedente juvenil surge durante el proceso de cambio social, cuando las tasas de natalidad bajan y la proporción de jóvenes en la población (de más de 15 años) asciende aproximadamente a una tercera parte. Sobre todo son los jóvenes desocupados quienes se convierten en un problema de seguridad, ya que pueden ser fáciles de manipular y de radicalizar. Dieron la vuelta al mundo, por ejemplo, las fotos de niños drogados que eran enviados a la guerra con machetes y fusiles Kaláshnikov en Liberia y Sierra Leona. En 2004, en el marco de la ONU, el propio Grupo de Alto Nivel sobre las Amenazas, los Desafíos y el Cambio abordó esta perspectiva problemática en torno de los jóvenes (ONU 2004).

En las zonas donde no hay conflictos bélicos, a los jóvenes también se los ve como un problema central para la seguridad y la estabilidad, sobre todo cuando son pobres y pertenecen a grupos sociales marginalizados. Su participación real o supuesta en la criminalidad y violencia justifica entonces las estrategias represivas de «mano dura» (Oettler 2011), como ocurre en el norte de Centroamérica. Más allá de que las estrategias en cuestión rara vez tienen éxito, su aplicación restringe las posibilidades de participación y socava la democracia y el Estado de derecho. Además, esta mirada estigmatizante y alarmista desconoce que la amplia mayoría de los jóvenes no se tornan violentos ni siquiera en los contextos más difíciles. Aunque no se hable tanto del tema, el trato de la sociedad hacia los jóvenes tiene al menos una importancia similar y determina en gran medida el accionar: según el eco que obtengan frente a sus demandas y propuestas, podrán realizar un aporte constructivo al desarrollo social o se retirarán hacia mundos paralelos de pandillas, drogas o crimen organizado (Hagedorn 2008).

En vista de todo esto, la Resolución 2250 de las Naciones Unidas sobre Juventud, Paz y Seguridad –aprobada por unanimidad por el Consejo de Seguridad en diciembre de 2015– representa un viraje positivo en los debates internacionales. El documento no presenta a los jóvenes como un problema, sino que los destaca como actores importantes para la seguridad, la paz y el cambio constructivo.



En lugar de exacerbar el pánico político frente a la juventud violenta, la Resolución insta a

- aumentar la participación y representación de los jóvenes en todos los niveles de adopción de decisiones políticas, tanto en los procesos de paz como en la solución de controversias;
- mejorar la protección de los jóvenes como parte de la población civil en el contexto de conflictos violentos;
- prevenir la violencia mediante la educación, la participación y un clima de tolerancia y respeto a la diversidad humana;
- establecer mecanismos de cooperación entre los Estados Miembros, para alentar a los jóvenes a que participen en distintos niveles en la construcción de la paz;
- alejar a los jóvenes de los procesos de violencia.

Pese a los desafíos que supone el nuevo escenario, la finalización formal de una guerra ofrece oportunidades –al menos teóricas– para que mejoren las posibilidades básicas de incorporar a los jóvenes a la política, la economía y la sociedad. Sin embargo, las

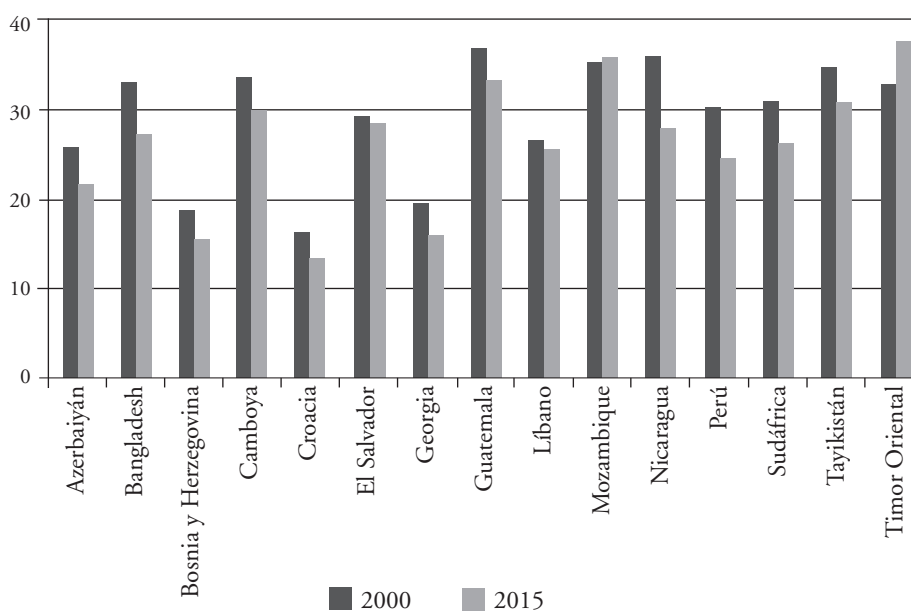
experiencias evidenciadas en diferentes países por la primera generación posconflicto, es decir, aquellos que nacieron en torno del final de la guerra, muestran cuán largo será el camino hasta poder aplicar la Resolución 2250 y cuáles serán los problemas centrales que habrá que resolver.

La juventud en sociedades posconflicto

Con todas sus diferencias, países como Bosnia y Herzegovina, Serbia, Croacia, Mozambique, Sudáfrica, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Camboya y Tímor Oriental tienen algo en común: tras la finalización de una guerra interna en la década de 1990, hoy hay una primera generación posconflicto compuesta por personas de entre 15 y 25 años de edad. Aunque existen numerosas diferencias respecto a la duración de la contienda bélica y a los conflictos subyacentes, las preguntas planteadas son idénticas: ¿qué posibilidades tienen los jóvenes de participar en la política, la economía y la sociedad? ¿qué problemas son prioritarios para ellos? ¿hay propuestas orientadas a la inclusión y la prevención de la violencia?

Gráfico 1

Proporción de jóvenes en la población (más de 15 años, en porcentaje)



Fuente: cálculos de la autora sobre la base de Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas, División de Población (2017): *Perspectivas de la población mundial. Revisión 2017*, <<https://esa.un.org/unpd/wpp/>>, fecha de consulta: 17/3/2018.



Las sociedades posconflicto son jóvenes; dentro de la población general, se observa una alta proporción correspondiente a la franja etaria de 15 a 25 años (v. gráfico 1). Este solo motivo de índole cuantitativa obliga a pensar cuáles son sus oportunidades para participar en la política, la economía y la sociedad.

Tras el final de la guerra mejoraron en muchos países las condiciones y posibilidades formales para incorporar a la juventud. Su participación en las escuelas secundarias aumentó considerablemente durante la primera década de paz en El Salvador, Guatemala, Camboya, Nicaragua, Perú y Sudáfrica. Si se compara con la generación de sus progenitores, estos jóvenes cuentan con una mejor educación. Las posibilidades formales de participación política crecieron especialmente allí donde el conflicto bélico y su conclusión se vieron acompañados por un cambio de régimen y una apertura. Es el caso, sobre todo, de las sociedades posconflicto en Centroamérica (El Salvador, Nicaragua, Guatemala) y en el sur de África (Sudáfrica, Mozambique). Cabe preguntarse cómo aprovechan los jóvenes estas posibilidades formales y a qué desafíos se enfrentan en su transición a la vida adulta.

La participación política puede adoptar formas muy diversas. En las democracias representativas, comprende la candidatura a cargos públicos y la incorporación a partidos o grupos de interés, así como la participación en elecciones, protestas u otros modos de influir en quienes toman las decisiones políticas. Esto es válido para los jóvenes (por lo general, a partir del momento en que cumplen 18 años) tanto como para los adultos. Pese a la afirmación generalizada de que los jóvenes son apolíticos, el compromiso de muchos de ellos ha quedado claro en numerosas manifestaciones de protesta en el marco de la Primavera Árabe, pero también en España, Grecia, Estados Unidos o México en 2011 y 2012. En comparación con los adultos, la nueva generación prefiere otras formas de participación; por ejemplo, interviene en nuevas redes sociales o muestra un compromiso mucho más intenso en la sociedad civil.

Un análisis de las experiencias de la juventud en El Salvador, Nicaragua y Sudáfrica revela que esto es aplicable a las sociedades posconflicto¹. Al igual que en otras latitudes, los jóvenes se involucran principalmente dentro de la sociedad civil, en entidades

deportivas, en organizaciones culturales o en las iglesias. Pero su compromiso en el sistema político muestra diferencias respecto al de los adultos: la participación en las elecciones es menor; en cambio, resulta mayor la disposición a protestar (cf. gráfico 2).

Bajo ningún punto de vista se puede afirmar que a los jóvenes no les interesa la política. Por ejemplo, en diversas conversaciones han expresado que en la fase previa a las elecciones se sienten «manipulados» por los políticos o usados como «personajes decorativos» (Rosales 2016, p. 28). Su confianza en los partidos es tan escasa como la esperanza de poder cambiar algo a través de las elecciones. Una joven sudafricana dio en el clavo: «Si quieres que te oigan, debes hacer ruido» (Heuser 2016, p. 20). Desde luego, la participación también esconde peligros, porque las protestas pueden ser ignoradas o criminalizadas. En Nicaragua, por citar un caso, se observa la presencia de bandas de matones contra los manifestantes: «Todos saben que pertenecen al gobierno» (Ostermeier 2016, p. 23).

Transiciones bloqueadas

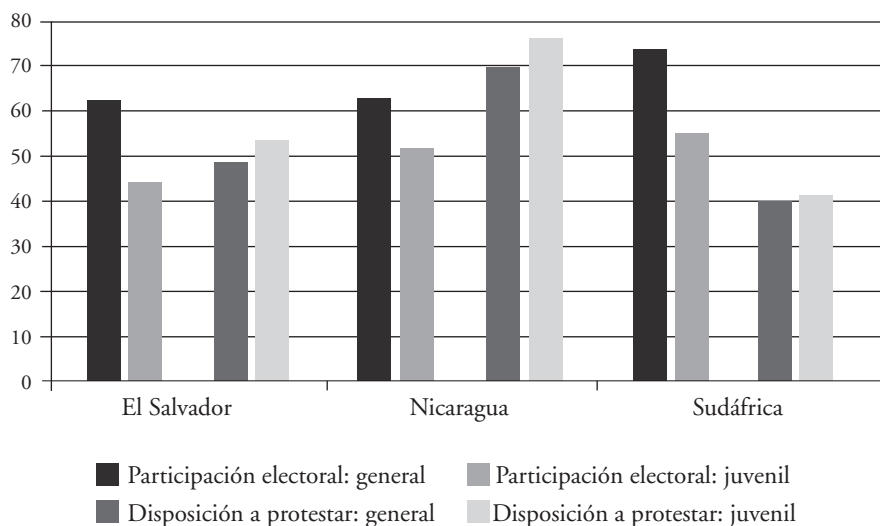
La tan difícil transición desde la escuela y la educación al mercado laboral representa el principal problema para la juventud también en las sociedades posconflicto. Para poder fundar una familia propia, es indispensable lograr la independencia económica respecto al hogar de origen. En todo el mundo la juventud se enfrenta a problemas fundamentales en este sentido, con una tasa de desempleo que triplica a la de los adultos (OIT 2017). En los tres países analizados (El Salvador, Nicaragua y Sudáfrica) el mayor desafío consiste en generar más puestos de trabajo, que permitan a los jóvenes dar el paso hacia la independencia económica. Esta problemática choca con la necesidad de mejoras en la educación formal, que solo se plantea de manera marginal como base para una transición exitosa al mercado laboral.

1. Los párrafos siguientes se basan en una evaluación de los informes sobre países, elaborados en el marco del proyecto «Against all Odds – Youth in Post-War Societies» del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (Rosales 2016; Heuser 2016; Ostermeier 2016).



Gráfico 2

Elecciones y disposición a protestar



Nota: en El Salvador y Nicaragua, jóvenes de 16 a 25 años; en Sudáfrica, de 15 a 29 años; participación electoral en los últimos comicios de cada país. No hay datos más actualizados clasificados por edad.

Fuente: El Salvador y Nicaragua: *Latinobarómetro 2013*; Sudáfrica: *Afrobarometer 2011-2013*, en línea.

Los propios jóvenes indican claramente cuáles son estas dificultades:

- a menudo, la educación escolar o universitaria no transmite los conocimientos y capacidades que se requieren en el mercado laboral;
- para conseguir un puesto de trabajo, es necesario disponer de contactos, estar afiliado al partido oficialista, «coimear» a alguien o incluso (sobre todo en el caso de las jóvenes) acceder a tener relaciones sexuales;
- pese a la existencia de un salario mínimo, la retribución suele ser insuficiente para asegurar el sustento;
- en las diversas zonas francas centroamericanas (que muchas veces son para los jóvenes la única oportunidad de encontrar un empleo, aunque sin posibilidades de ascenso ni perspectivas de movilidad social) no se respetan ni siquiera los ya de por sí bajos estándares e incluso se violan derechos humanos fundamentales.

Aun cuando los jóvenes de las sociedades posconflicto tienen una formación superior a la de sus padres y madres, eso no les abre mejores oportunidades en el mercado laboral. El desempleo juvenil

sigue siendo alto y persistente. Quien quiere acceder a una formación sólida (por ejemplo, relacionada con lenguas extranjeras e informática) y conseguir un empleo, tiene más chances de hacerlo en la ciudad que en las zonas rurales. De todos modos, a los propios egresados universitarios muchas veces no les queda más opción que trabajar en la zona franca o en un *call center*, en puestos que están muy por debajo de su calificación. El problema no es entonces solamente la falta de trabajo, sino también los puestos mal remunerados, que apenas sirven para sobrevivir. La situación se agrava aún más porque muchos jóvenes deben ayudar a sus familiares.

Estrategias de supervivencia

Ante el bloqueo en la transición a la vida adulta, los jóvenes proceden de maneras muy diversas. Siguiendo a A. O. Hirschman (1971), pueden distinguirse tres estrategias:

a) *Salida:* Los jóvenes eluden el contexto social a través de la apatía política o la migración (del campo a la ciudad o más allá de las fronteras nacionales).



La imposibilidad de alcanzar una integración política y económica puede conducir al desganado y la indiferencia. Frente a los problemas cotidianos, un porcentaje relativamente pequeño de los jóvenes reacciona con apatía o se vuelca al consumo de drogas. Los dos fenómenos juegan un papel importante sobre todo en el contexto sudafricano —que presenta, además, un alto nivel de violencia—, pero estas tendencias pueden observarse también en Nicaragua. En el ámbito de las sectas evangélicas o de las pandillas juveniles surgen comunidades parcialmente paralelas, que pueden ser entendidas como una suerte de salida de la sociedad. En los tres países aparece asimismo el deseo de emigrar para abandonar físicamente el entorno vital propio. Esto se observa con mayor intensidad en las áreas rurales y en contextos caracterizados por un alto nivel de violencia. Al mismo tiempo, la emigración no está bien vista entre los jóvenes, ya que implica «dejar» a los amigos y familiares.

b) Voz: Los jóvenes obtienen oportunidades de organizarse de manera autónoma y las utilizan para participar políticamente con medios pacíficos o en parte con violencia.

La juventud tiene realmente el deseo y la posibilidad de impulsar cambios. Esto se refleja de diferentes formas (por ejemplo, a través de protestas o en redes sociales, cuyo uso es masivo tanto en las ciudades salvadoreñas y nicaragüenses como en los contextos urbanos sudafricanos menos violentos). Asimismo, hay expresiones artísticas y culturales que se convierten en declaraciones políticas. En última instancia, también están los que se plantean la violencia como alternativa para ser escuchados. Es el caso de El Salvador, donde las *maras* se politizan cada vez más. En Sudáfrica, hay quienes sostienen que el gobierno solo prestará atención cuando haya violencia. El problema es que, muchas veces, los adultos perciben la organización autónoma de los jóvenes como un peligro y una amenaza para el *statu quo* social y político.

c) Lealtad: Los jóvenes se integran o se subordinan a estructuras existentes de participación.

Pese a las difíciles condiciones, la mayoría se mantiene en gran medida leal. Aunque la participación electoral de los adolescentes y adultos jóvenes es

inferior a la de las personas de mayor edad, su intervención sigue siendo alta. Más allá de la plataforma específica, las organizaciones juveniles de los partidos políticos ofrecen acceso a redes, que bajo determinadas circunstancias también pueden ser importantes para acceder al mercado laboral. Esto refleja un elevado nivel de pragmatismo y sentido de la realidad, por lo que no implica necesariamente un compromiso activo y desinteresado por la comunidad. Por cierto, aquí se observan diferencias entre la ciudad y el campo: a menudo los jóvenes muestran un gran compromiso en el contexto local rural. En Sudáfrica, esto puede observarse especialmente en las regiones donde predomina el Congreso Nacional Africano (CNA). Al mismo tiempo, las iniciativas de integración del sector político apuntan en muchos casos al control de los jóvenes.

Mientras los jóvenes salvadoreños tienen un nivel relativamente alto de confianza en el sistema político y las instituciones, sus pares nicaragüenses y sudafricanos muestran una postura bastante crítica frente a los partidos, los gobiernos y los organismos del Estado. La credibilidad no existe o solo está presente en el entorno directo de la familia o la comunidad local. En Sudáfrica, parte de la confianza perdida puede atribuirse sin duda al hasta hace poco presidente Jacob Zuma. De su gobierno ya no cabía esperar mejoras; las posibles transformaciones quedaron condicionadas a un cambio dentro del partido oficialista, la CNA.

Si bien los tres países muestran diferencias entre la ciudad y el campo, así como entre los jóvenes de uno y otro sexo, esas disparidades son mucho menos marcadas que las que existen entre las generaciones. En El Salvador, Nicaragua y Sudáfrica, las generaciones posconflicto se muestran escépticas frente a la sociedad adulta y a los responsables de la toma de decisiones; aunque su enfoque sobre la propia situación no es demasiado pesimista, tienen poca esperanza de que su participación activa sirva para lograr un cambio importante. Desde el punto de vista de los jóvenes, el mayor peligro radica en que el sistema político no puede (o no quiere) tomar en serio a la generación joven e integrarla al proceso de desarrollo social. Al igual que en otras sociedades posconflicto, la generación inmersa en la contienda bélica sigue controlando el acceso a los recursos sociales y económicos (Kurtenbach/Pawelz



2015). Se produce entonces un «cuello de botella», a través del cual solo pasan aquellos jóvenes que se unen a las redes dominantes y se someten a las estructuras (existentes). Para el desarrollo económico y el futuro de las tres democracias esto significa una bomba de tiempo, que podría estallar a lo largo de la línea de conflicto intergeneracional.

Participación de los jóvenes en pie de igualdad

El involucramiento y la participación activa de los jóvenes son esenciales para construir la paz. Las consultas organizadas por la ONU demuestran que la juventud sabe muy bien cuál es el marco que necesita para poder realizar un aporte a la paz y la seguridad².

En el mundo árabe, los jóvenes no solo advierten sobre los riesgos de ser reclutados por grupos extremistas y organizaciones situadas por fuera del Estado, sino que al mismo tiempo subrayan que en esos países no hay posibilidad de negarse a hacer el servicio militar. También es complicado el papel que juegan los medios de comunicación, en los cuales se suele estigmatizar a los jóvenes como grupos problemáticos y actores sociales peligrosos.

En Colombia, la consulta nacional se celebró cuatro meses después de la firma del acuerdo entre el Gobierno y las FARC (antes Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, hoy Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común). Lo primero que se buscó por entonces, en febrero de 2017, fue determinar qué entendían los jóvenes por paz. Según sus expresiones, ese concepto abarca la reconstrucción social mediante la reconciliación y la memoria, la justicia, la garantía de los derechos humanos y la igualdad de oportunidades.

Cuando se consulta a los jóvenes por la seguridad, hacen referencia en gran medida a los mismos temas: mencionan la justicia y los derechos humanos antes que la garantía de seguridad personal, la desmilitarización de las instituciones estatales y la reconstrucción social.

En los últimos años, las Naciones Unidas han jugado un papel importante a la hora de abordar la participación activa de los jóvenes en la política,

la economía y la sociedad. En general, hay dos temas parcialmente vinculados que dominan el debate internacional: en primer lugar, la prevención de la violencia, es decir, los enfoques políticos que buscan evitar la participación de los jóvenes en las diversas formas de violencia individual o colectiva; en segundo término, la mejora en la formación, con el objetivo de facilitar el camino desde las instituciones educativas hacia el mercado laboral. Por cierto, tanto aquí como en los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) adoptados en 2015, los jóvenes aparecen sobre todo como un grupo destinatario en las áreas de educación y empleo, pero no se los reconoce como actores autónomos. No cabe duda de que su independencia económica es importante. Es algo que se refleja no solo en el ODS 4 (educación y aprendizaje durante toda la vida) y en el ODS 8 (crecimiento inclusivo y empleo), sino también en la mirada sobre la prevención de la violencia, que incorpora a la juventud y prioriza del mismo modo la formación y capacitación. Estos enfoques se apoyan de manera implícita –y a veces también explícita– en la siguiente presunción: si los jóvenes no van a la escuela u otras instituciones educativas, y tampoco se han integrado al mercado laboral, pueden ser reclutados con facilidad por grupos violentos.

Esta perspectiva estigmatiza a los jóvenes y pone el eje en su propio cambio, lo que implica que su educación debe ajustarse a las necesidades del mercado laboral y su comportamiento debe seguir determinadas convenciones. Sin embargo, las mencionadas experiencias de las sociedades posconflicto muestran con claridad que el acceso al mercado de trabajo no depende únicamente de las capacidades individuales y de una formación bien «calibrada», sino que está sujeto además a las relaciones de poder en el plano político y social. Tampoco puede calificarse como antisocial *per se* el comportamiento de algunos jóvenes, que suele ser percibido por los adultos como inadecuado o poco respetuoso.

No basta con asignar a los jóvenes un rol de grupo destinatario y receptor, como meros objetos de las políticas internacionales, nacionales o locales. Se trata de actores autónomos, que tienen sus propias ideas acerca de cómo debe ser el futuro personal y

2. V. <www.youth4peace.info/featured-resources>.



la sociedad en la que han de vivir. Queda por ver si sus inquietudes y desafíos hallan eco social y son tomados en serio; eso dependerá en gran medida de la reacción que exhiban los adultos frente a estas propuestas en las esferas del Estado y de la sociedad.

En definitiva, lo fundamental no es transformar a los jóvenes, sino cambiar las condiciones sociales para que esos jóvenes puedan desempeñarse como actores políticos y sociales autónomos, con sus deseos, necesidades e ideas acerca del futuro. El último *Informe sobre la juventud mundial* (ONU DAES 2015) refleja muchas experiencias observadas en las sociedades posconflicto y apunta entonces, entre otras cosas, a fortalecer la coestión y representación de los jóvenes (sobre todo, de las mujeres) en los foros parlamentarios y en otras instituciones responsables de la toma de decisiones. El borrador del informe intermedio sobre «Juventud, paz y seguridad», con publicación prevista para abril de 2018, tiene en cuenta esas reflexiones e insta a escuchar a los jóvenes, a desarrollar un enfoque positivo de seguridad y a incorporar a la

nueva generación –no solo en el plano local– para construir la paz (Simpson 2018).

Por un lado, se debe alentar y apoyar a los jóvenes con sus derechos, capacidades y aptitudes; al mismo tiempo, hay que sensibilizar y unir a los sectores políticos y sociales para que realicen los cambios necesarios. Solo si se conjugan estos dos factores será posible impulsar los cambios y abordar preventivamente los conflictos existentes a lo largo de la línea intergeneracional. La educación no debe limitarse a una transmisión de conocimientos para el mercado laboral, sino que debe abarcar aspectos políticos y respaldar a los jóvenes para que puedan ejercer sus derechos: no están pidiendo una limosna ni un favor que se puede conceder o denegar; tienen derechos que deben ser exigidos sin temor a la represión ni a la criminalización. En última instancia, la juventud aboga por una cultura de respeto mutuo y de reconocimiento de la diversidad. Por lo tanto, es necesario que la política, la economía y la sociedad realicen un aporte constructivo en los propios entornos y en los países socios.

Bibliografía

Goldstone, Jack A., Eric P. Kaufmann y Monica Duffy Toft (eds.) (2012): *Political Demography: How Population Changes Are Reshaping International Security and National Politics*, Oxford University Press, Oxford.

Hagedorn, John M. (2008): *A World of Gangs. Armed Young Men and Gangsta Culture*, University of Minnesota Press, Minneapolis-Londres.

Heuser, Christoph (2016): «Against All Odds: Youth in Post War Societies: The Case of South Africa», Country Report 2016-3, Giga, Hamburgo, <www.giga-hamburg.de/de/publication/country-report-no-3-south-africa>, fecha de consulta: 16/3/2018.

Hirschman, Albert O. (1970): *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, FCE, Ciudad de México.

Kurtenbach, Sabine y Janina Pawelz (2015): «Voting Is Not Enough: Youth and Political Citizenship in Post-War Societies» en *Peacebuilding* vol. 3 N° 2, pp. 141-156.

Oettler, Anika (2011): «The Central American Fear of Youth» en *International Journal of Conflict and Violence* vol. 5 N° 2, pp. 261-276.

ONU (2004): *Un mundo más seguro: la responsabilidad que compartimos. Informe del Grupo de Alto Nivel sobre las amenazas, los desafíos y el cambio*, ONU, Nueva York, <www.un.org/es/events/pastevents/a_more_secure_world/pdf/brochure_sp.pdf>.

ONU DAES (Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas) (2004): *Informe sobre la juventud mundial 2003*, ONU DAES, Nueva York.

ONU DAES (2006): *Informe sobre la juventud mundial 2005*, ONU DAES, Nueva York.

ONU DAES (2008): *Informe sobre la juventud mundial 2007*, ONU DAES Nueva York.

ONU DAES (2010): *Informe sobre la juventud mundial 2009-2010. Juventud y cambio climático*, ONU DAES, Nueva York.



ONU DAES (2015): *Youth Civic Engagement*, ONU DAES, Nueva York.

Organización Internacional del Trabajo (2017): *Tendencias mundiales del empleo juvenil 2017*, OIT, Ginebra.

Ostermeier, Martin (2016): «Against All Odds: Youth in Post War Societies: The Case of Nicaragua», Country Report 2016/1, Giga, Hamburgo, <www.giga-hamburg.de/de/publication/country-report-no-1-nicaragua-0>, fecha de consulta: 16/3/2018.

Rosales, Isabel (2016): «Against All Odds: Youth in Post War Societies: The Case of El Salvador», Country Report 2016/2, Giga, Hamburgo, <www.giga-hamburg.de/de/publication/country-report-no-2-el-salvador>, fecha de consulta: 16/3/2018.

Simpson, Graeme (2018): *Progress Study on Youth, Peace and Security*, <www.youth4peace.info/ProgressStudy>, fecha de consulta: 16/3/2018.

Unicef (2009): *Examen estratégico 10 años después del informe Machel. La infancia y los conflictos en un mundo en transformación*, Oficina de la Representante Especial del Secretario General en colaboración con UNICEF: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, Nueva York.

Unicef (2017): «Syrian Crisis», <www.unicef.org/emergencies/syria/>, fecha de consulta: 16/3/2018.

Urdal, Henrik (2006): «A Clash of Generations? Youth Bulges and Political Violence» en *International Studies Quarterly* Nº 50, pp. 607-629.



Autor

Dra. Sabine Kurtenbach

Es politóloga y Senior Research Fellow en el GIGA German Institute of Global and Area Studies. Sus investigaciones abordan, entre otros temas, el estudio de sociedades posconflicto, los procesos de paz, las reformas del sector de seguridad y la juventud, principal pero no exclusivamente en América Latina.

La versión original de este artículo en alemán se publicó con el título «Den Status quo verändern - Jugendliche als Friedensakteure» en *GIGA Focus Global* N° 01, 3/2018, <www.giga-hamburg.de/de/publikation/den-status-quo-veraendern-jugendliche-als-friedensakteure>, urn:nbn:de:0168-ssoar-56619-4.

Traducción: Mariano Grynspan

Pie de imprenta

Nueva Sociedad | Fundación Friedrich Ebert
Defensa 1111, 1° A | C1065AAU
Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel./Fax: +5411 4361-4108 / 4361-4871
www.nuso.org

Responsable

Hajo Lanz
Fundación Friedrich Ebert
Representante para Costa Rica | Nicaragua | Panamá
<www.fesamericacentral.org>

Friedrich-Ebert-Stiftung (FES)

La Fundación Friedrich Ebert (FES), fundada en 1925 en Alemania, es una institución privada de utilidad pública comprometida con las ideas de la Democracia Social. Lleva el nombre del primer presidente de la República de Weimar elegido democráticamente, Friedrich Ebert, y es portadora de su legado en cuanto a la configuración política de la libertad, la solidaridad y la justicia social. A este mandato corresponde la Fundación en el interior y exterior de Alemania con sus programas de formación política, de cooperación internacional y de promoción de estudios e investigación.

Se prohíbe el uso comercial de los medios publicados por la Fundación Friedrich Ebert (FES) sin un consentimiento escrito de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación Friedrich Ebert.